





# HYDRA

## PEQUEÑO PARAISO EN TIERRAS DE ULISES

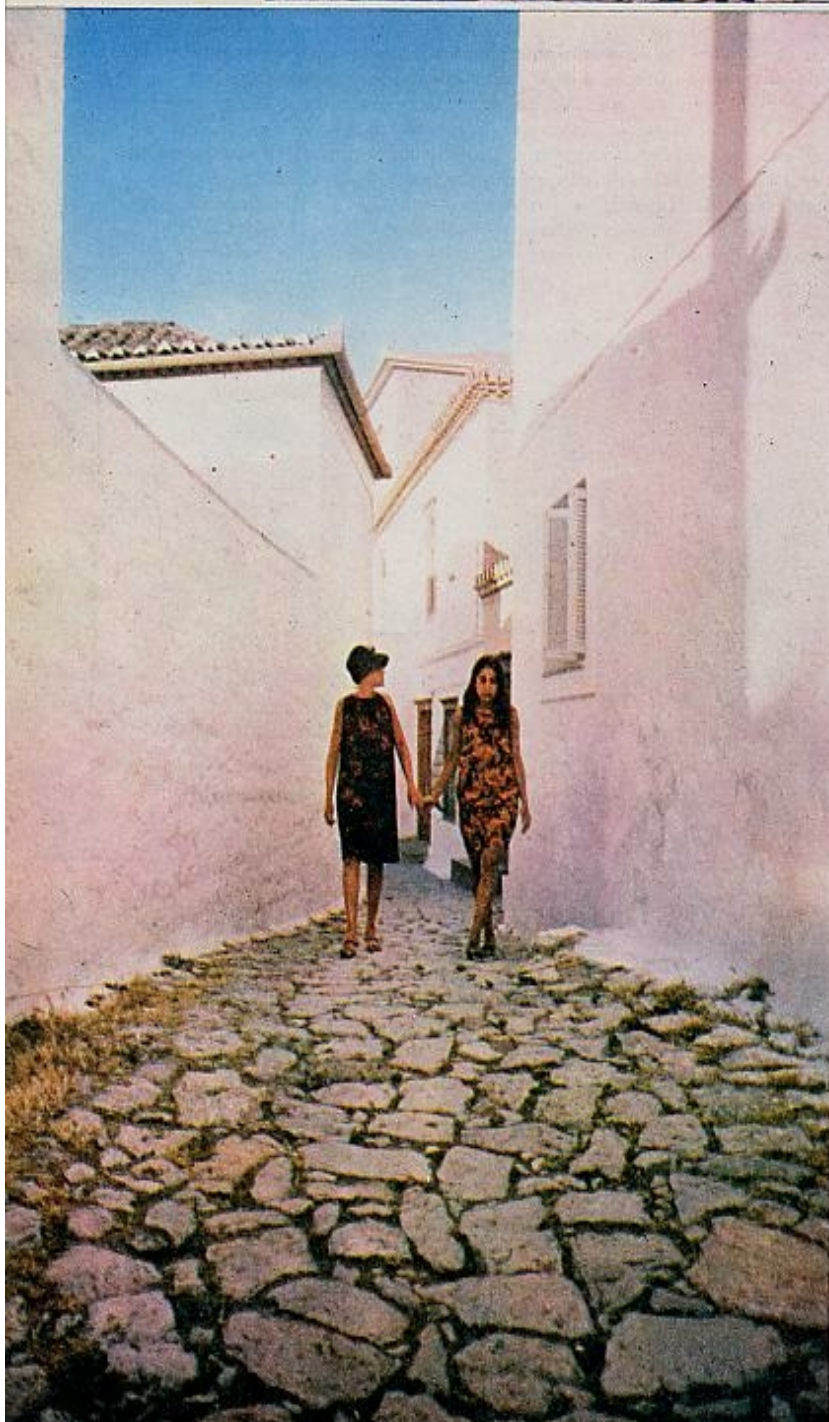
**M**IENTRAS en Atenas se desarrollan los acontecimientos políticos que hacen que, en este momento, la atención del mundo se centre en Grecia, a muy pocos kilómetros, y comunicada por un servicio frecuente de pequeños barcos, una multitud de veraneantes procedentes de los más lejanos países se dora al sol, al margen de la tensión en que en este momento vive el país. Hydra es una pequeña isla, casi un promontorio rocoso desprendido del Peloponeso que se está convirtiendo, desde hace diez años, en uno de los mayores focos de atracción de turismo griegos. Hasta una época muy reciente este turismo era predominantemente arqueológico. Los viajeros —nórdicos y anglosajones en su mayoría— hacían un recorrido por las ruinas y, en el mejor de los casos, realizaban una rápida visita a las islas. Ahora las cosas han cambiado, sin que haya disminuido el turismo «clásico», se ha incre- **SIGUE**



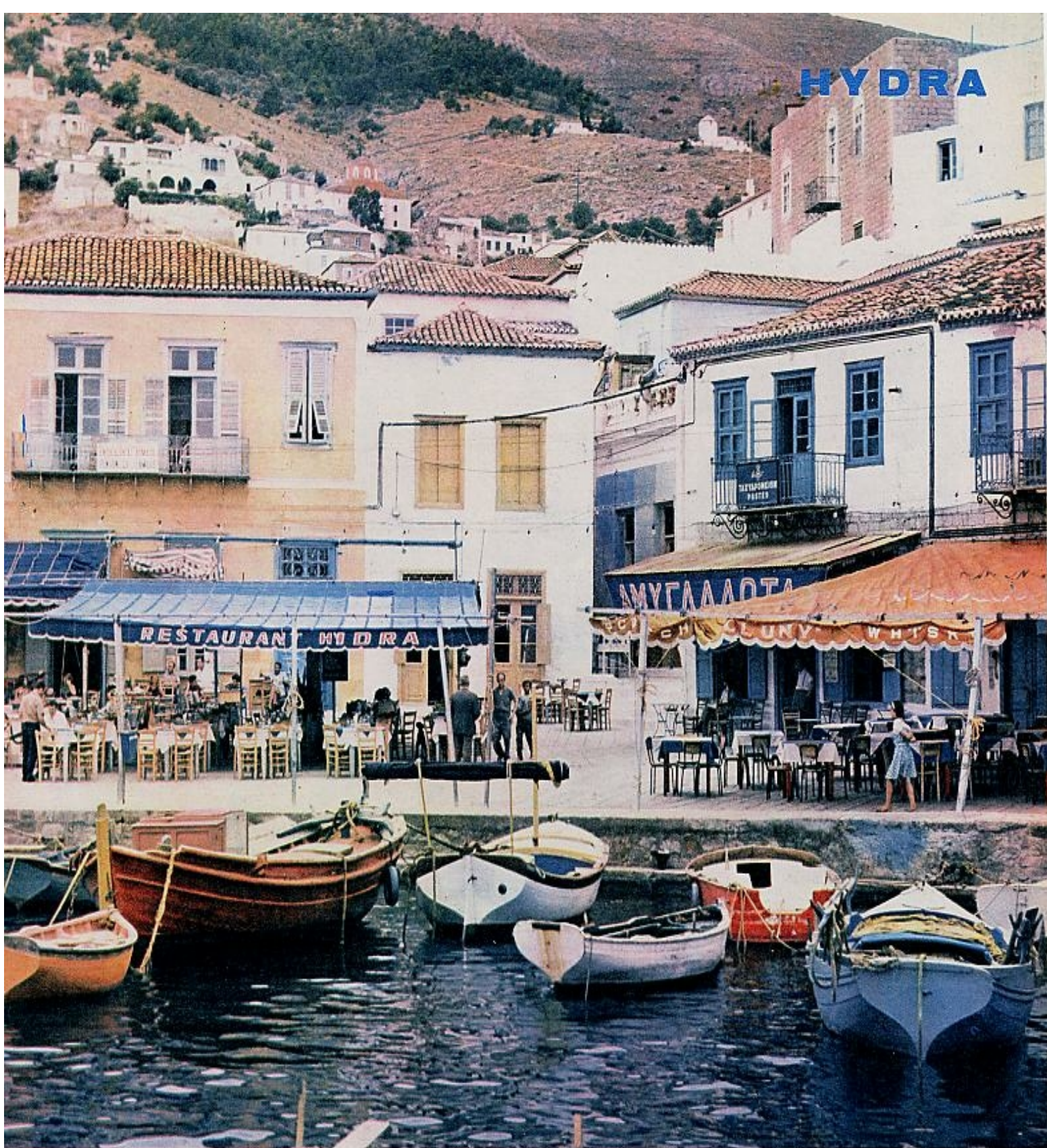
Hydra, una de las playas mediterráneas de moda. Aquí se vive con naturalidad, lejos de los acontecimientos de cada día, tan dramáticos en Grecia en estos momentos. Millares de turistas pueblan calles y terrazas. A la noche se baila el «sirtaki», traído por los turistas de las grandes ciudades de Occidente. Mientras, las gentes de la isla emigran o siguen al margen del turismo, aferradas a sus tradiciones.



Hydra, en aguas de Ulises, es el pequeño paraíso de las vacaciones griegas: 2.800 habitantes y un centenar de habitaciones para los huéspedes. Pero, en su mínimo territorio se agrupa toda la belleza mediterránea. Con Mikonos y Rodas, es uno de los tres centros que Grecia ofrece al turismo y allá acuden visitantes de toda Europa en busca de luz y amor.







mentado el número de las personas que van a Grecia a descansar. Y uno de los lugares que con mayor rapidez han sido objeto de este «boom» ha sido Hydra.

Bastión de lucha contra los turcos —el enemigo tradicional de los griegos— la isla fue, en un pasado reciente, próspera e importante en el panorama político del país. Incluso, pese a sus reducidísimas dimensiones, contaba hasta hace mucho con un diputado por privilegio especial. Después le llegó el momento de la decadencia. El mar era el único recurso económico de sus habitantes y no daba para mantenerlos a todos. Se fue produciendo un éxodo. Y la capital ha visto disminuir su población hasta el extremo de que sus actuales 2.800 habitantes son la sexta parte de los que tuvo en tiempos. Ahora, con el turismo, vuelve a

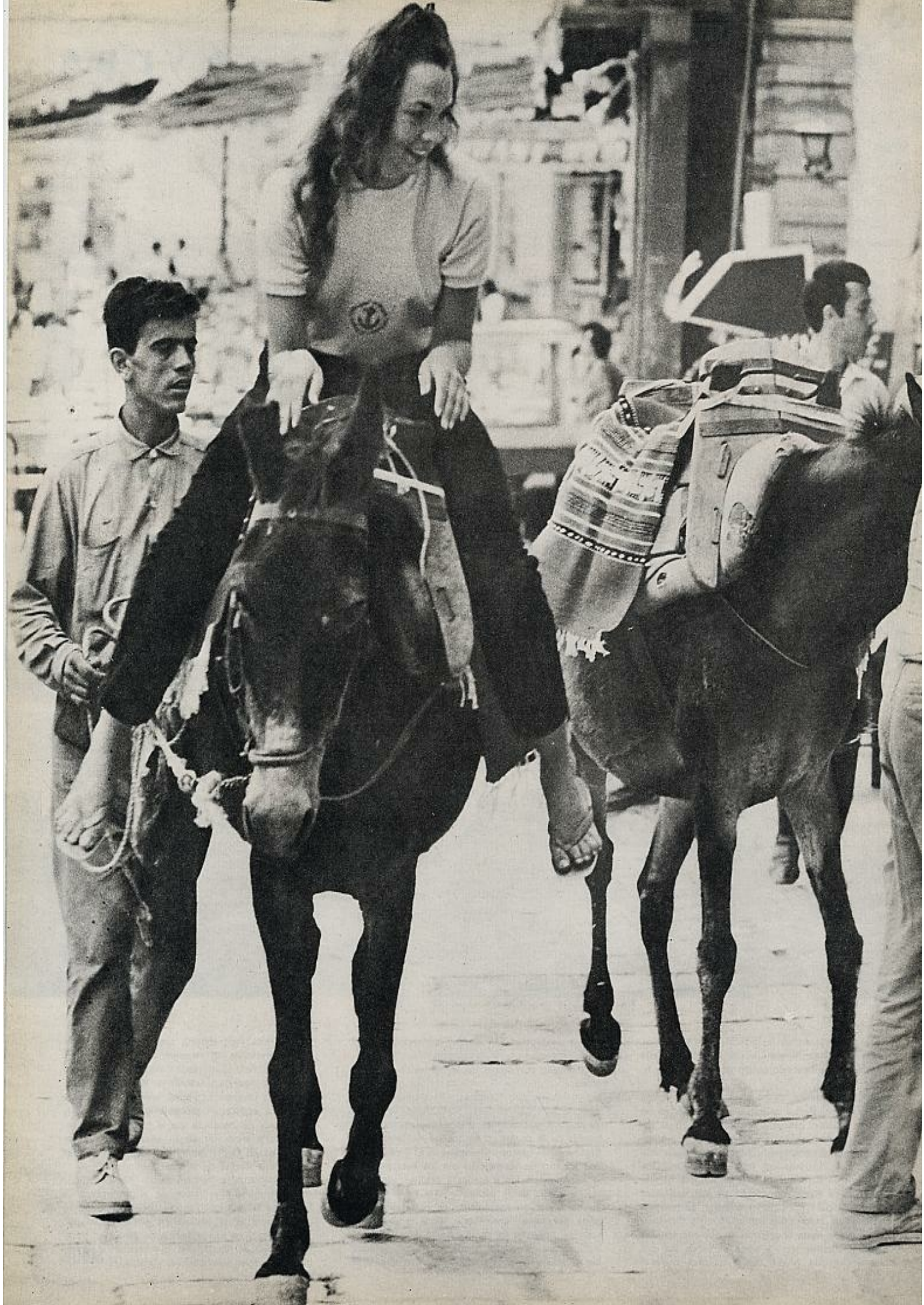
recuperar parte de su antiguo esplendor, aunque sigue produciéndose la emigración.

El mayor porcentaje de visitantes lo dan los americanos, muchos de ellos de origen griego. Les siguen los ingleses, franceses y escandinavos. Y la mayoría se alojan en casas particulares, ya que el número de habitaciones disponibles en los cinco hoteles de la capital no excede del centenar. A la llegada de los barcos procedentes de El Pireo, en los que los turistas se mezclan con los habitantes de la isla que han ido a Atenas a resolver sus asuntos, la mitad de la población está en el puerto. En parte por un sentimiento de hospitalidad, en parte por matar unas horas, pero también por sacar un provecho de los que llegan, por ofrecerles habitaciones a precios moderados, por llevarles las maletas y obtener una propina. Los alquileres

no han alcanzado todavía precios abusivos, aunque el precio de los terrenos se ha triplicado en unos años. Pero si no resulta difícil encontrar una habitación modesta y limpiísima, no es fácil el adquirir una casa en propiedad, aunque hay muchas vacías. La explicación probablemente esté en que, conscientes del beneficio que el turismo puede reportarles y añorantes de su pasada riqueza, los habitantes de Hydra no quieren dejarse ir de las manos esta fuente de prosperidad.

Y posiblemente tengan razón. La boga que en estos momentos conoce, en el terreno de la frivolidad internacional, todo lo griego, es enorme. Y, lógicamente, se traduce en un snobismo por lo helénico y en una afluencia de gentes en vacaciones. Uno de los reparos que retenían hasta hace poco a los posibles viajeros, el **SIGUE**







de la comida, ha desaparecido. La proliferación de restaurantes griegos en las más importantes ciudades europeas y americanas ha hecho caer el prejuicio. Y el lanzamiento de «sirtaki» —último baile de moda, que está en camino de hacer olvidar el ritmo machacón de «Los niños de El Pireo»— ha contribuido a formentar la curiosidad de las gentes por un país que antes se consideraba como una cosa muerta. Hydra ofrece, pues, en 1965, el aspecto de cualquiera de los lugares de moda internacionales. El azul profundo, casi violento, de sus aguas se ve cortado por las manchas blancas de los yates con pabellón de los países más prósperos surtos en ellas. Las playas son escenario de la concentración de gentes que se expresan en todas las lenguas del globo. Y al atardecer, las terrazas de los cafés, que se extienden hasta dos metros de la orilla del mar, se pueblan de público. Por la noche los cuatro cabarets existentes se llenan. Y el «sirtaki», que de griego tiene poco más que una vaga inspiración y un nombre de fantasía, es enseñado a los habitantes del país por los extranjeros que se lo traen bien aprendido de sus distintos puntos de origen. La academia de marina situada en la ciudad proporciona el contingente maculino, mientras las muchachas de la isla, en general, aferradas a las tradiciones, no se mezclan con los turistas. Porque, a pesar del «boom», las costumbres no han evolucionado. Las mujeres siguen vistiendo de negro y dedicándose a las tareas de la casa, y en los hombres las relaciones con las «extranjeras» se parecen mucho en su concepción a la manera como hasta hace muy poco, e incluso hoy, se las planteaban los habitantes de una gran parte de nuestra geografía.

Lo que no excluye que el sentido de la hospitalidad se manifieste abiertamente. Cualquiera de los turistas que llegan a la isla es objeto de una excelente acogida. Es fácil que sea invitado a degustar un «retsinato» —vino blanco con resina, de extraño sabor— en uno de los patios que, indefectiblemente, existen al fondo de cada casa de Hydra. O un «ouzo», la bebida nacional, especie de aguardiente anisado cuya apreciación por un paladar europeo es más fácil que la de la otra mezcla. Y, mientras muchos hombres de la isla parten en busca de mejores condiciones económicas, llegan, al olor del turismo, estudiantes de Atenas que aprovechan las vacaciones para ganarse un poco de dinero para sus gastos. Toda esta compleja fauna humana se entremezcla continuamente, en oposición a lo que ocurre en otros lugares más estratificados. Para todos, el único medio de transporte en el interior es el burro o el muleto, convertido en un medio de diversión. Y para todos existe un único cine, en el que se matan las horas de calor si no se rinde culto a la siesta.

Este es, hoy, el panorama de Hydra. Posiblemente dentro de unos años haya cambiado totalmente. Lo que hoy constituye su mayor atractivo, la naturalidad con que allí se vive, la relación entre los naturales del país y los forasteros, es fácil, y casi podría decirse fatal, que vaya desapareciendo. A medida que el «snobismo» se vaya apoderando de los privilegiados que consigan instalarse en ella de modo permanente se irán estrechando los círculos, irán apareciendo las barreras, sociales o de otro tipo. La especulación inmobiliaria hará inasequible lo que todavía —al margen de las distancias— no lo es. Y la altivez y dignidad de los isleños, orgullosos de su pequeña historia y de haber sido un factor importante de la de su país, dejará paso a la actitud de servilismo que es frecuente en los lugares donde se produce una eclosión repentina del turismo. Mientras tanto —y sería de desear que durante mucho tiempo— puede considerarse que, dentro de la ronda de las playas de moda internacionales, Hydra es una de las más agradables. Aunque, a muy poca distancia, se esté ventilando en estos momentos el futuro del país al que pertenece.

(Reportaje gráfico RAYMOND DEPARDON)

En el próximo número:  
**SAINT-TROPEZ**



**HYDRA**

Hay un comercio y una industria —como en todas partes— para los turistas: los «souvenirs» y los transportes. En Hydra, no se quebranta esta ley como puede verse: el burrito y el artesano salen ganando.

